

**Alberto  
Granado**

**Calica  
Ferrer**

**Los viajes**  
**del** **Che** **★**  
**por**  
**Sudamérica**  
**1952-1953**



## PRÓLOGO

# El espíritu *aventurerístico* del Che Guevara

**E**l viaje y la aventura están en el centro de la personalidad del Ernesto que yo conocí. Él inventó una forma de viajar, que luego han imitado millones de jóvenes en todo el mundo. El viaje como aventura personal pero también como oportunidad de crecimiento social a través del intercambio entre los pueblos. Y, a su vez, el viaje fue la mejor escuela del Che como revolucionario americano. Todas las experiencias vividas junto a Alberto y junto a mí fueron forjando su ideología libertaria.

A bordo de una moto, haciendo “dedo” a los camiones o arriba de un tren destartado, los viajes siempre encontraban a Ernesto con espíritu positivo. No importaba si había poca o mucha comida, si se pelaba de frío o se achicharraba al sol, si la higiene era escasa (o nula), si andaba por caminos infernales o celestiales (ironía que solía decir al ver las numerosas cruces en las curvas de las rústicas rutas que recorría que marcaban los lugares de accidentes fatales). Ernesto tenía aguante. Y alegría por descubrir y descubrirse en esos viajes. Dice un proverbio árabe que a los hombres se los conoce mejor viajando.

El viaje con Alberto Granado, el “Petiso”, arrancó en la famosa moto La Poderosa II, que terminó de hacerse conocida en todo el mundo con la película *Diarios de motocicleta*. Sin embargo, no todos saben que su periplo

fue corto, llegó a atravesar el sur de la Argentina y Chile, al llegar a Santiago de Chile, la moto dijo “hasta acá llegué” y no hubo mecánico capaz de arreglarla. En ese momento, enfrentados a la necesidad, Ernesto y Alberto inventaron una nueva forma de viajar (“sistema” que dos años más tarde usaríamos en nuestro viaje).

Pusieron en práctica una nueva metodología. Se acercaban a los mercados locales y averiguaban qué camiones partían con mercadería hacia los destinos a los que querían llegar. Ahí, haciendo uso de la famosa “labia argentina” convencían a los choferes para que los llevaran. Los temas que “ablandaban” a sus interlocutores eran los que generaban admiración en esa época por nuestro país: el cine, el fútbol, Perón y Evita, el ajedrez y el tango (aunque me consta que ambos eran pésimos tanto para el baile como para afinar una milonga). El sistema funcionó, no era cómodo, pero era efectivo, a veces viajaban en la carga y a veces en la cabina.

Una vez en destino, era la hora de las “cartas de presentación”. En Chile, Perú, Colombia y Venezuela (y luego en nuestro viaje también en Bolivia y Ecuador) vivían conocidos o amigos de los ambientes universitarios y políticos que, al presentarse los jóvenes argentinos con una carta que decía quiénes eran o de parte de quién venían, se mostraban dispuestos a ayudarlos a conseguir alojamiento, transporte, o al menos invitarlos a una comida.

Otro elemento fundamental de los viajes del joven Ernesto fueron las discusiones políticas, siempre presentes, sobre los países que iba conociendo y la inevitable comparación con la Argentina. Durante el viaje, además de disfrutar fantásticos paisajes como Machu Picchu o el río Amazonas, conocieron a fondo al pueblo americano, sus costumbres, ubicación política, geográfica y social. Ambos soñaban con un despertar democrático, con justicia,

y se oponían al imperio capitalista que veían avanzar en todo el continente.

Este viaje está testimoniado magistralmente en el diario de viaje de Alberto Granado *Con el Che por Sudamérica*, que forma parte de este libro. Yo puedo dar fe de la veracidad de cada párrafo. Las primeras noticias que tuve fueron de primera mano: las cartas que recibía la familia Guevara durante el viaje y que eran compartidas y festejadas con los amigos. Yo pasaba seguido por la casa de los Guevara en Buenos Aires y le preguntaba a Celia: “¿Hay carta?”. Gran parte de las anécdotas luego volcadas en el libro de Alberto ya figuraban allí. Por supuesto, había un poco de azúcar en la escritura para disimular las incomodidades que pudieran sufrir durante el viaje de las que la parentela no tenía que sospechar, sobre todo las madres. Con los años me encontré con numerosas personas en Buenos Aires, Venezuela y Cuba que me dieron otras piezas del rompecabezas, que siempre encajaban perfectamente con el relato original.

De vuelta en Buenos Aires, Ernesto se dedicó a recibirse de médico en tiempo récord (doce materias en un año), urgido por volver a los caminos. Su nuevo compañero de viaje fui yo, amigo de la infancia y con las dosis necesarias de juventud y espíritu de aventura. Ernesto lo resume en su diario: “El nombre del ladero ha cambiado, ahora Alberto se llama Calica; pero el viaje es el mismo: dos voluntades dispersas extendiéndose por toda América sin saber precisamente qué buscan ni cuál es el norte”. Él me llevaba apenas un año, pero era el jefe indiscutido de la expedición, gracias a su experiencia. Nuevamente pusimos en práctica todo el “sistema” ideado junto al Petiso. Si bien cargábamos con el mismo espíritu “aventurerístico” que Ernesto sabía contagiar -y sufrimos las mismas privaciones-, la metodología del

viaje estaba aceitada y pudimos aprovechar mejor el tiempo y el dinero disponible (siempre escaso) para conocer a fondo los lugares por los que pasábamos.

Al separarnos en Guayaquil, Ecuador, Ernesto siguió su periplo por Panamá, Guatemala y México (donde su encuentro con el joven cubano Fidel Castro torcería su destino) y yo recalé en Venezuela. Allí me encontré con Alberto Granado y nos hicimos entrañables amigos. Ya con comodidades y mucho ron, nos reuníamos a rememorar los dos viajes que hoy se reúnen en este libro. Ambos sentíamos que los tres amigos, ahora juntos, salíamos una y otra vez a los caminos. Es el mismo sentimiento que tengo hoy al ver reunidos en un mismo volumen los escritos de Granado y los míos. “El Pelao, el Petiso y el Calica” unidos para siempre por la aventura de descubrir nuestro continente.

Este es el Ernesto que yo conocí y este es el humilde relato de esos días inolvidables. Sin embargo, sé que la figura del Che y su accionar revolucionario superan con creces mi modesto aporte sobre un período de su vida. Su hermano Roberto Guevara me dijo un día en el que yo me quejaba sobre las “macanas” que se suelen escribir sobre el Che: “Ernesto no necesita defensores, ya es un personaje que pertenece a los pueblos de todo el mundo”. Yo agregó que todos los que compartimos algún momento de su vida debemos cuidarnos del exceso de “cariño” que a veces distorsiona la verdad y nos hace olvidar que su gigantesca figura excede lo que pudimos conocer de él.

Hoy rememorando al joven Ernesto que conocí, sé que sus ideales no llegaron a concretarse, lo que él deseó para su querida América Latina todavía no es una realidad. Pero algunas batallas se han ganado, hay avances políticos y sociales, personajes de gran valor que están bien encaminados. Espero que este libro, publicado cin-

cuenta años después de su infame asesinato en Bolivia, sea un aporte para que los sueños del joven e idealista Che lleguen a las nuevas generaciones. ¡Hasta la victoria siempre!

–CARLOS “CALICA” FERRER  
Buenos Aires, abril de 2017

Alberto Granado

# Con el Che por Sudamérica



## CAPÍTULO 1

# Una partida que casi se frustra

Córdoba, diciembre 29 de 1951

**T**odo empezó y se desarrolló tan rápida y ejecutivamente como llevo a cabo generalmente mis cosas.

El tiempo ha borrado la fecha exacta, pero la escena se mantiene vívida y fresca.

Es una soleada tarde de octubre. La parra de la querida casa paterna mostraba sus primeros pámpanos y hojas que trataban de dar sombra a la Poderosa II, la vieja moto, fiel compañera de giras por pampas y montañas. Sobre ella estaba sentado mi hermano Tomás, y rodeándolo, recostados indolentemente a la escasa sombra de un naranjo, sorbíamos el inefable mate Gregorio y yo.

Abismado en mí mismo casi no atendía la conversación. De pronto, en exabrupto expresé en voz alta mis pensamientos:

—No estoy satisfecho con mi estado actual. Otra vez siento la voz interior que me urge a tomar mis cosas e irme a recorrer América. Ustedes saben que los años pasados en Chañar, con mis sueños de hacer algo a favor de los leprosos, lograron aplacar mis deseos de buscar nuevos horizontes. Pero ahora, arrancado violenta y caprichosamente de ese medio que quiero y donde soy querido, y trasplantado al hospital en el cual trabajo, donde todo es frío, calculado y trillado, y donde primero se pregunta si el paciente puede pagar los análisis clínicos, y después si le hacen falta o no, siento la necesidad de horizontes más amplios.

—Eso es muy fácil —me interrumpió Tomás—, poné a Ernesto en la grupa y hacé esto... —e imitó con la boca el ruido de la moto andando a gran velocidad.

Quedé callado. Recibí el mate de mi hermano Gregorio, sempiterno cebador. Mientras sorbía la fragante infusión, me decía a mí mismo: “¿Y por qué no? ¿Qué mejor oportunidad que esta para hacer realidad mis planes, tantas veces pospuestos? Tengo energías y deseos, con eso me basta”.

De estos pensamientos me arrancó el rezongar del mate ya vacío, y al tiempo que lo devolvía a Gregorio, exclamé:

—Pues sí, señores, a fines de este año se cumple el viaje por América.

Por la noche, durante la cena, comuniqué el plan a mis padres. Estos notaron en la firmeza de mis palabras que ya no era un proyecto más, sino algo que se iba a llevar a cabo inexorablemente, y en lugar de la amena charla que siempre era el corolario del tema, un silencio espeso y extraño siguió a mis palabras.

Más tarde, mientras daba vueltas y más vueltas en mi cama pensaba: “¿Seré capaz de llevar a cabo mi plan? ¿No lograrán disuadirme de mis propósitos la desaprobación por ahora tácita de mis padres, parientes y amigos? ¿Compensará la satisfacción del viaje la pena que les causo con mi partida?”.

A todo respondía que sí, que realizaría por fin mi más caro anhelo, y que la felicidad de lograrlo borraría la amargura de la separación.

De pronto me asaltaba otra duda: “¿Aceptaría el Pelao acompañarme? ¿No sería otra locura hacerlo viajar cuando solo le faltaban unas pocas asignaturas para graduarse de médico? ¿No era también improcedente alejarlo del doctor Pisani, a cuyo lado Ernesto tenía con toda seguridad un porvenir brillante?”.

La respuesta a estos interrogantes me la dio el mismo



“Cuando le propuse el viaje a Ernesto, y después de cagarse en el futuro que yo le vaticinaba al lado de un profesional brillante como el doctor Pisani, pero encerrado en un estrecho mundo del comercio médico, inició una danza guerrera dando alaridos que firmaban el pacto indisoluble del viaje. Nuestra aliada sería la Poderosa II, una motocicleta Norton de 500 centímetros cúbicos de cilindrada que había comprado algunos años antes”.  
(Ernesto con La Poderosa II en 1951, antes de salir de viaje).

Fúser, quien sorpresivamente viajó a Córdoba a visitar a Chichina,<sup>2</sup> su novia. Una vez enterado del proyecto, y después de cagarse en el futuro que yo le vaticinaba al lado de un profesional brillante, pero encerrado en un

---

<sup>2</sup> María del Carmen Ferreyra pertenecía a una de las familias más ricas de Córdoba. En ese momento tenía solo dieciséis años de edad.

estrecho mundo del comercio médico, inició una danza guerrera dando alaridos que firmaban el pacto indisoluble del viaje.

Los días que siguieron a este fueron un torbellino enloquecedor de mapas, repuestos mecánicos, adopción y abandono de decenas de rutas, etcétera. Por fin, y pese a la silenciosa oposición de mis padres y la no tan silenciosa de mis parientes que consideraban la gira como una locura, llegó el día de la partida.

La moto parecía un enorme animal prehistórico, flanqueada por dos bolsos de lona impermeable y en la parte posterior un portaequipaje donde llevábamos desde la parrilla del churrasco hasta la tienda y catres de campaña.

La ruta que habíamos elegido era la siguiente: iríamos a Buenos Aires, para que el Furibundo Serna se despidiera de sus padres; luego recorreríamos la zona atlántica hasta Bahía Blanca; cruzaríamos La Pampa para visitar los lagos del Sur y allí atravesaríamos la Cordillera de los Andes; una vez en Chile enfilaríamos hacia el Norte, hasta Caracas.

Llegó el día de la partida. Una nerviosa emoción nos invadió a todos. Rodeados de una ruidosa multitud de chiquillos atraídos por el aspecto de la moto y nuestra inusual indumentaria, empezó la despedida. Luego de sacarnos algunas fotos “para la posteridad”, abracé a mis padres a quienes ahogaba la emoción, y a mis hermanos que nos miraban con un dejo de cariñosa envidia. Besé una vez más a mi madre, agradeciéndole su esfuerzo por contener las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. Sin más, arranqué la moto. Ernesto se montó en el sillín posterior, y bamboleantes por el exceso de equipaje se inició la marcha. El Pelao se volvió para saludar a los que se quedaban. El movimiento brusco hizo que yo perdiera momentáneamente el dominio de la máquina y casi nos estrellamos contra un tranvía que en esos instantes doblaba la curva de

la esquina de mi casa. El grito de alarma que partió del grupo me dio la pauta del peligro corrido, y para evitar dilaciones y pese a las protestas y golpes en la espalda por parte del Pelao, aceleré la moto y sin mirar atrás me perdí en el tráfico de la calle, dejando tras de mí la inquietud cariñosa de los míos, y teniendo al frente el largo camino pleno de nuevos cielos y emociones.

### **Villa Gesell, enero 6 de 1952**

¡Por fin conocí el mar! Y tal como quería verlo: de noche y a la luz de la luna.

Estoy frente al inmenso Atlántico, recostado en las dunas, mirando la playa y las olas. Rememoro lo acaecido en estos días. Solo han pasado nueve días y ya lo recorrido, conocido y padecido me dan una base material para decirme a mí mismo lo maravilloso e importante que va a ser para nosotros, en nuestra formación futura, este –hasta hace poco hipotético– viaje.

Pero volvamos al día 29. Después de evitar el choque con el tranvía, aceleré con todas mis ganas, y luego de correr vertiginosamente veinte o treinta cuadras, arimé la moto a la acera y frené. Ernesto estaba furioso.

–¡Mial de mierda –me dijo en cuanto pudo hablar–, me he tenido que agarrar como un pulpo para que no me dejaras tirado en la calle!

La cómica furia de Fúser hizo que mi tensión se transformara en una hilaridad nerviosa, y luego de reírnos ambos a dúo expresé lo que era claro en ambas mentes:

–Mirá, Pelao, si después de ese percance al salir me detengo cerca de mi casa, las súplicas y advertencias nos hubieran soldado como con cemento a nuestros lares maternos. Por eso no paré hasta estar bien lejos.

Luego de reacondicionarnos seguimos la marcha. Tras algunos problemas producidos siempre por el exceso de equipaje, entre ellos una caída en la que se rompió el

acumulador, llegamos casi a ciegas a una pequeña ciudad: Ballesteros. Ahí, en el alero de un humilde rancho, acomodamos la moto. Luego de saborear unos mates, nos metimos en nuestras bolsas de dormir. Mientras gustaba la dicha de mi primera noche de raidista, el sueño y el cansancio interrumpieron mis divagaciones.

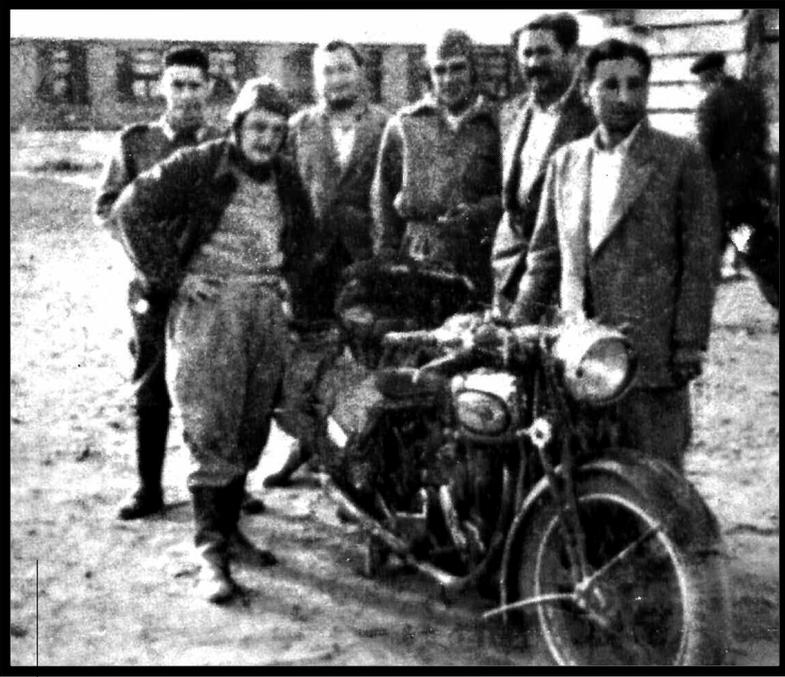
El trayecto de Ballesteros a Rosario fue rápido, y sin nada de particular. En esta ciudad pasamos un buen rato con mis sobrinas, a quien Fúser no dejó de impresionar tanto por su inteligencia como por su presencia física. Aunque las aspiraciones del Pelao, como las mías, están lejos de sueños nutridos de novelas radiales y de revista *Vosotras*.

Llegamos a Buenos Aires. Allí tuvimos que escuchar, al igual que en mi casa, las sátiras sobre el famoso viaje, su posible fracaso, o la tediosa monserga de que debíamos abandonar nuestros proyectos y seguir el trillado camino que ellos habían seguido. Solo la mamá de Fúser no opinó nada negativo, y se limitó a decirme:

—A vos, Alberto, que sos el mayor, te lo digo: trata de que Ernesto vuelva a recibirse de médico. Un título nunca estorba.

El día 4 de enero salimos rumbo a la costa del Atlántico. Pasamos por los bosques de Palermo. Como siempre en la ruta había un grupo de personas vendiendo perros de las más diversas castas y razas. El Pelao, que le quería dejar un regalo a Chichina, a la que veríamos en Miramar, en donde estaba veraneando, se enamoró de un cachorro de policía y lo compró. Le puso por nombre “Come Back”. Creo que es una promesa indirecta a la Chichina.

Luego de algunos kilómetros por la carretera que va a Mar del Plata se desencadenó un torrencial aguacero. Tuvimos que desviarnos hacia un tambo que se divisaba a unos 800 metros de la carretera. Cuando escampó seguimos rumbo al Este. Pero el trecho que recorrimos por el



“Por fin, y pese a la silenciosa oposición de mis padres, llegó el día de la partida. La moto parecía un enorme animal prehistórico, flanqueada por dos bolsos de lona impermeable y en la parte posterior un portaequipaje donde llevábamos desde la parrilla del churrasco hasta la tienda y catres de campaña”. (Ernesto, en el centro con casco, yo y un grupo de amigos que nos despedían).

fango nos puso en alerta sobre las dificultades de transitar este tipo de camino tan diferente del terreno serrano, o de las salinas que estamos acostumbrados a recorrer. Esa noche la pasamos en una garita de la policía. Al otro día, tras esperar el desayuno de Come Back (solo puede tomar leche), seguimos rumbo a esta villa poco conocida por los “turistas standard”. Es muy bonita: con sus casitas sencillas, playas amplias, olas enormes que llegan suavemente a la orilla.

### **Miramar, enero 13**

Hace siete días llegamos a esta hermosa playa. Ha sido muy beneficiosa la estadía. He conocido a mucha gente de un nivel social que no he tratado antes, y francamente me hace sentir orgulloso de mi origen de clase. Nunca en mi vida me había tropezado, ni mucho menos alternado, con este tipo de gente. Es increíble cómo piensan, cómo razonan. Son seres que creen que por derecho divino o algo semejante merecen vivir despreocupados de todo lo que no sea pensar en su posición social, o en la manera más estúpida de aburrirse en grupo. Afortunadamente, Chichina en particular, los Guevara en general, y Ana María, la hermana de Fúser, en especial, no se parecen en nada al grupo con el que comparten.

Comentaba con el Pelao.

–Viejo, estos tipos me reconcilian conmigo mismo; por lo menos hemos sido capaces de crear algo, desde un equipo de rugby hasta un laboratorio de investigación. Hemos nutrido nuestro intelecto, mientras que estos personajes con todas las posibilidades abiertas, con todas las ventajas de hacer algo útil sin nada más que un mínimo esfuerzo, desperdician todas sus fuerzas con frivolidades sin sentido, solo para su propio deleite y utilidad. ¡Cómo no van a poner cara de asombro y susto cuando se habla delante de ellos de un poco de igualdad! O cuando se les trata de hacer ver que todos esos seres que giran a su alrededor, que les sirven, que recogen todo lo que ellos dejan tirado, necesitan también vivir. Que son seres humanos a quienes también les gusta tomar baños de mar, o sentirse acariciados por el sol.

El día 11 por la noche estuve en la orilla del mar. El espectáculo fue inolvidable. Eran en realidad dos paisajes diferentes. Por el lado del mar las dunas iban descendiendo suavemente hasta la playa, donde las olas al romper formaban una muralla de blanca espuma. El lado

FILIACION DEL CONDUCTOR



Apellidos GRANADO(1)

Nombre : ALBERTO(2)

Lugar de nacimiento : ..... (3)

Fecha de nacimiento : ..... (4)

Domicilio : ..... (5)

“La ruta que habíamos elegido era la siguiente: iríamos a Buenos Aires, para que el Furibundo Serna se despidiera de sus padres; luego recorreríamos la zona atlántica hasta Bahía Blanca; cruzaríamos La Pampa para visitar los lagos del Sur y allí atravesaríamos la Cordillera de los Andes; una vez en Chile enfiláramos hacia el Norte, hasta Caracas”. (Mi carnet de conducir con el que salí de Buenos Aires).

opuesto parecía exactamente un paisaje lunar, formado de pequeñas colinas semejantes a cráteres, rodeando lagunitas donde se reflejaban algunos arbustos plateados por la luna. ¡Algo digno de admirarse!

Lo que me extraña es cómo toda esa gente que nos acompañaba, y que decía sentir profundamente la belleza de la noche y del lugar, no sentían, como yo, un deseo

enorme de que todo el mundo pudiera admirar y solazarse con tanta hermosura.

Hoy estuvimos bañándonos en la playa. Luego de nadar un rato nos reunimos con el grupo de veraneantes que están pasando las vacaciones con la tía de Ernesto y Chichina. Varios son estudiantes universitarios. Pronto se suscitó una discusión sobre temas políticos y sociales. Se discutió sobre la socialización de la medicina, llevada a cabo en esos días por el gobierno laborista en Inglaterra. Ernesto tomó la palabra y durante casi una hora defendió con calor la socialización, la abolición de la medicina como comercio, la desigualdad en la distribución de médicos entre la ciudad y el campo, el abandono científico en que se deja a los médicos rurales, los cuales en definitiva caen en la comercialización, y muchos temas más.

Yo estaba a unos metros del grupo que discutía y no podía dejar de sentir el cariño y la admiración que siempre le he profesado al Pelao.

En primer lugar, él ha nacido y se ha criado en el mismo medio social de sus interlocutores, y sin embargo su sensibilidad no ha sido embotada por los conceptos de su clase. Y no solo eso, sino que además combate todo lo aceptado como natural por ellos. Oyendo sus sólidos argumentos y las mordaces frases con que desbarataba las débiles réplicas que le hacían, no pude menos que pensar: “Este Pelao cada día me muestra una faceta nueva. Hay que ver con qué calidad y profundidad presenta hoy estos mismos temas que tantas veces hemos tocado”.

Cuando todos los contrincantes fueron vencidos en la discusión, Fúser se dirigió a mí, y agarrando a Come Back, me dijo:

–Vamos, Petiso; dejemos a estos pitucos y vamos a bañar al perro. Y corriendo por la arena nos alejamos del grupo, que se quedó comentando, tal vez admirado de la profundidad dialéctica del Pelao.

Es así, yo siempre lo digo: a Ernesto hay que odiarlo o admirarlo, pero es imposible ignorarlo.

### **Necochea, enero 14**

Hoy continuamos camino. Estamos en la casa de Tamargo, con quien estudié la carrera. Han sido cinco años de compañía. Ambos estuvimos en la lucha estudiantil de 1943. Alquilamos, con otros estudiantes, una casa en el Barrio Clínicas. Juntos hicimos deportes, peleamos con los esbirros de la Policía, ayudamos a la organización y democratización de la Federación Universitaria de Córdoba. Nos separamos hace apenas cuatro años y ¡cómo hemos cambiado! Ya no nos entendemos. No se puede negar que nos ha tratado muy bien, una vez que se repuso del shock que le produjo verme llegar a su casa lleno de grasa y polvo, caballero en una ruidosa moto.

Me desespera que un hombre joven, hasta hace unos pocos años progresista, esté completamente absorbido por la asquerosa sociedad que lo rodea. Sabe que todo eso está mal; que cobra por los análisis lo que no valen, pero lo hace y hasta parece que encontrara un morboso placer en ir contra lo que su conciencia le dicta. Es ya un fósil con su linda casa y su señora esposa: una burguesa de pueblo chico, quien solo piensa en que cada cosa esté en su lugar, no haya una mota de polvo sobre nada, y realmente todo está libre de suciedad, pero también de ideas y deseos abiertos y desinteresados.

### **Bahía Blanca, enero 16**

Llegamos a Bahía Blanca, a la casa de unos amigos de Ernesto: la familia Saravia, quienes nos trataron espléndidamente. El viaje desde Necochea lo hicimos de un tirón, con una sola parada en río Quequén Salado, donde a la sombra de dos sauces llorones hicimos un pequeño asado de tira que nos sirvió de almuerzo y desayuno. Como

había un viento muy fuerte que hacía pistonear la moto, tuvimos que regular las válvulas. Es el primer cariñito que le hacemos a la Poderosa II, después de casi 1.800 kilómetros de recorrido.

Carlos "Calica" Ferrer

# De Ernesto al Che



## CAPÍTULO 2

### La partida

“**E**sa partida tan llena de gente, con algunos lloros intermedios, la mirada extraña de la gente de segunda que veía una profusión de ropa buena, de tapados de piel, etc., para despedir a dos *snoobs* de apariencia extraña y cargados de bultos. El nombre del ladero ha cambiado, ahora Alberto [Granado] se llama Calica; pero el viaje es el mismo: dos voluntades dispersas extendiéndose por América sin saber precisamente qué buscan ni cuál es el norte.”<sup>1</sup>

Los dos *snoobs* somos nosotros: Ernesto y yo. Dos jóvenes de clase media que partimos con un destino incierto, con muchas expectativas y muy poca plata. El ladero soy yo, Calica, de 24 años, sin profesión; título: bachiller. Así, con su típica ironía, Ernesto recuerda en su diario de viaje esa fría tarde del 7 de julio de 1953 cuando tomamos el tren de la línea General Belgrano en la estación Retiro de Buenos Aires rumbo a lo desconocido. Él tenía 25 años y su flamante título de médico.

Su acidez escondía otras cosas: fue una tarde de sentimientos intensos aunque apenas exteriorizados, bien a lo Guevara. Esa era la tónica de la familia, gente muy afectuosa, que quería de verdad, pero poco demostrativa. En esa casa había poco contacto físico y el llanto no era bien visto. Pero ese día fue especial y un ambiente de emoción con algo de tristeza flotaba entre la comitiva que se había congregado para despedirnos.

---

<sup>1</sup> Ernesto Che Guevara: *Otra vez. El diario inédito del segundo viaje por América Latina (1953-1956)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p. 11.

Nuestra partida era un acontecimiento y no faltaba nadie: parientes cercanos y lejanos, amigos, antiguas novias y actuales “festejadas”. Como novia oficial no teníamos, y las festejadas eran más de una, corríamos el riesgo de una escena en la estación, pero tampoco podíamos impedirles ir a despedirnos. Nos íbamos y ya no nos importaba mucho lo que pasara. Como anota Ernesto, abundaban los tapados de piel, los trajes buenos, la ropa cortada a medida, los tacos altos. El contraste era violento con el resto del pasaje, compuesto mayormente por gente humilde de ascendencia indígena que volvía a sus pagos después de hacer algún trabajito en la Capital, con sus ponchitos, sus “guaguas” a cuestas, sus gallinas, sus loritos, su mate y su pava, sus perros y sus gatos. En la década de los 50, la vestimenta todavía no se había democratizado y la ropa revelaba sin piedad las diferencias sociales. Sin duda, con semejante comité de despedida, desentonábamos en el vagón de segunda con asientos de madera donde viajábamos, pero el boleto costaba la mitad que en primera y debíamos estirar lo más posible el escaso capital que llevábamos para que nos alcanzara hasta Venezuela, nuestro objetivo final.

Además, nuestros parientes y amigos no habían venido con las manos vacías. Así que para el momento de subir al tren teníamos como quince paquetes y paquetitos extra con bombones, masas finas, facturas, bebidas y otras exquisiteces que nos habían traído para el viaje. Como pudimos, incrustamos todo eso en el valijero del tren donde apenas cabían nuestras dos valijas: la de Ernesto, que pesaba una tonelada por los libros que llevaba, y la mía, llena de pilchas.<sup>2</sup> Así como Ernesto no podía moverse sin sus libros (“Llevo algunos libros que estoy leyendo en este momento”, me dijo cuando le comenté que su valija parecía de plomo), para mí era fundamental

---

2 Ropa.

llevar buena ropa para poder conseguir trabajo, alojamiento, chicas... Me llevaba puestas unas botas nuevas de caña alta de la casa López Taibo, regalo de mi abuela, que eran mi mayor orgullo y que me acompañaron todo el viaje. Ernesto, en cambio, llevaba borceguíes y ropa militar, parecía un conscripto. Su hermano Roberto, que estaba haciendo la colimba,<sup>3</sup> le había conseguido ropa de fajina que había “tomado prestada” del cuartel y que era bien resistente y abrigada, ideal para el viaje.

Nuestras madres conversaban apenas apartadas del grupo y se consolaban mutuamente. Celia y Dolly nos despedían sin saber si alguna vez volverían a vernos. Estaban preocupadas, sin duda, pero no lloraban. Celia se me acercó y mirándome a los ojos me dijo muy seria: “Cuidá-melo mucho a Ernestito”. Cuando vi la película *Diarios de motocicleta* me emocioné con la escena en la que la actriz Mercedes Morán, que interpreta fantásticamente a Celia, le pide a Granado que cuide a su hijo. Me parecía verla otra vez en la estación de Retiro pidiéndome lo mismo a mí. Yo la abracé y le prometí que así lo haría. Mientras tanto, mi mamá le decía a Ernesto: “Vos tenés más experiencia en viajar, cuidalo a Calica que todavía no salió del cascarón”. A mí me imploró: “Cuidate por favor, no andes tomando por ahí, que si te agarrás una borrachera y te trompeás con alguien, capaz que te matan”. Por la comida mucho no se preocupaban nuestras madres, sabían que Ernesto y yo éramos capaces de comer piedras, o pasto. Nos habían criado así, en nuestras casas no se podía ser remilgado en la mesa, había que comer lo que había.

Llegó la hora de subir al tren y ocupamos nuestros asientos después de saludar a todo el mundo. El padre de Ernesto lo recuerda en su libro<sup>4</sup> diciendo una frase

---

3 Servicio militar.

4 Ernesto Guevara Lynch: *...Aquí va un soldado de América*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1987, p. 7.

enigmática y premonitoria antes de subir al tren: “¡Aquí va un soldado de América!”. Yo no lo recuerdo, pero entre los abrazos, las recomendaciones, los besos y los llantos que me rodeaban en ese instante, pude no haberlo escuchado. O tal vez lo escuché y no le di importancia, lo tomé como un chiste más, dada su vestimenta militar. Yo lo cargaba: “En cualquier momento te meten en cana, te vas a encontrar con un oficial que te diga: soldado, ¿cómo se llama usted?, y te ordene tirar cuerpo a tierra”.

Cuando el tren arrancó, ya era casi de noche. Nos asomamos por la ventanilla para saludar a todos esos rostros queridos que no veíamos en mucho tiempo. El tren inició lentamente su marcha. Celia empezó a caminar por el andén tomada del brazo de Carlos Figueroa. Apretó el paso, mientras el tren aceleraba y se alejaba irremediablemente. La vimos por última vez en la punta del andén. Mucho después me enteraría por Figueroa que recién en ese momento “largó el trapo”. Lloró abrazada al amigo de su hijo. Se recompuso y volvió con el grupo que ya comenzaba a dispersarse.

Nos acomodamos en nuestros asientos, si se puede usar el verbo acomodar en asientos de madera tan incómodos como esos. Íbamos ensimismados, en silencio. La despedida, la noche que llegó rápido, los suburbios de Buenos Aires que veíamos por la ventanilla y que pronto se transformaron en campo, todo contribuía a una cierta nostalgia que ninguno de los dos iba a reconocer. Por hacer algo, abrí uno de los paquetitos, eran masitas de la confitería El Molino. Como cena no eran gran cosa, menos los bombones que había en otro paquete que abrió Ernesto. Empezamos a mirar con envidia los guisos, las empanadas y las comidas sencillas que sacaban nuestros vecinos de asiento y que calzaban mucho mejor a la hora del hambre que todas las cositas dulces que



Ernesto, ya adolescente, con el colectivo que lo llevaba todos los días de Alta Gracia hasta Córdoba para asistir al colegio secundario Deán Funes. Posan como el equipo de fútbol que terminaron siendo cuando se enfrentaron con otro grupo que hacía ese mismo trayecto en tren. Entre otros, en la foto están Beto Losada (aquel joven que le iba a cobrar el alquiler a Ernesto padre), Chichín Carnelutti y el escribano Adolfo Barceló.

nos habían regalado. Justamente, una de las ventajas de la segunda clase era que uno se podía llevar su propia comida y evitaba el costoso comedor. Al final, un tipo sentado al lado nuestro rompió el hielo: “¿Quieren un poco?”, dijo estirando una pata de pollo. “¡¡Sííí!!”, dijimos a la vez y en cinco minutos ya nos habíamos hecho amigos de todo el mundo. Abrimos nuestros paquetes pitucos y los compartimos con el resto del vagón. Algunos miraban con curiosidad los bombones, porque nunca los habían probado. A cambio, ellos nos convidaron de lo suyo y nos hicieron sentir la calidez y la solidaridad de la gente de la tierra que encontraríamos tantas veces en nuestro viaje.

Con la panza llena y la sensación de habernos integrado con el pasaje, nos volvió el entusiasmo. Sacamos el mapa y repasamos nuestro itinerario. La primera escala era La Quiaca, ahí terminaba el recorrido del General Belgrano. De ahí pasaríamos a Bolivia, un país que ninguno de los dos conocía. La idea de ir a Bolivia fue de Ernesto. “En vez de irnos por Chile como hicimos con el Petiso, vamos por Bolivia, ¿qué te parece?”, me dijo en cuanto nos sentamos con un mapa a armar el itinerario. Bolivia nos atraía por varias razones. Una era casi turística: soñábamos con conocer el lago Titicaca, que además de ser el lago más alto del mundo y una belleza natural, tenía en el centro la Isla del Sol, que atesoraba unas ruinas incas fantásticas. Ernesto había vuelto de su primer viaje por Latinoamérica fascinado con las culturas indígenas que reinaron en este continente antes de la llegada de los españoles y leía mucho sobre el tema. Siempre me hablaba de la impotencia y la angustia que había experimentado al ver el contraste entre los restos de ese pasado indígena glorioso, como por ejemplo en Machu Picchu, y la realidad moderna de los descendientes indígenas, la pobreza, la exclusión y la opresión en la que vivían.

El otro motivo era estrictamente político y social. En ese momento, Bolivia era como una mosca blanca en una América infectada de dictaduras militares y gobiernos autoritarios. Gobernaba Manuel Odría en Perú, Gustavo Rojas Pinilla en Colombia, Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, Alfredo Stroessner en Paraguay, y en Centroamérica, nenos de pecho como Fulgencio Batista en Cuba, Anastasio Somoza en Nicaragua, Papa Doc en Haití y Héctor Trujillo en República Dominicana, que eran prácticamente capataces de las compañías norteamericanas, los esbirros del imperialismo. Y en la Argentina, si bien estábamos en democracia, era una democracia muy dura

si uno no era peronista. Así que estábamos sedientos de libertad, era un bien a conquistar, no estaba servida. En Bolivia, en cambio, acababa de triunfar el MNR (Movimiento Nacional Revolucionario) sobre un gobierno dictatorial y había una incipiente revolución social. Las primeras medidas del nuevo Gobierno eran alentadoras: nacionalización de las minas, principio de reforma agraria y disolución del Ejército, que era ineficiente y corrupto. Para dos jóvenes simpatizantes del socialismo como nosotros, era música para nuestros oídos. Y se ve que la simpatía era mutua porque fue el único país del que conseguimos con facilidad la visa para entrar. Con un poco más de dificultad obtuvimos también la de Perú.

La obtención de las visas era la parte más complicada de la organización del viaje, amén de la financiación que era otro tema espinoso. Pero de última, sin plata nos íbamos igual, como fuera, pero sin visa no había forma de entrar en un país. Ernesto, por su viaje anterior, ya era experto y fue el encargado de organizar el peregrinaje por los consulados para conseguir el ansiado permiso. Rebotamos en todos lados, los gobiernos dictatoriales no veían con buenos ojos a dos jóvenes sin un peso que pretendían entrar en su país sin pasaje de ida y vuelta comprado de antemano. Incluso tuvimos que tramitar un certificado sanitario expedido por el Ministerio de Salud y otro de “buena conducta” en la Policía.

Los países que formaban parte de nuestro itinerario eran: Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela. Si conseguir una visa en cualquier lado era una hazaña, la figurita más difícil era Venezuela y ahí teníamos que entrar sí o sí porque era el objetivo del viaje. Pero Venezuela era la niña bonita, porque de toda América y Europa querían ir a trabajar a ese país donde el petróleo generaba riquezas inmensas. Por suerte, ambos teníamos familiares y amigos deseosos de ayudarnos y nos facilitaron

conexiones con conocidos dentro de distintos consulados. Un pariente nos dio un contacto en el consulado de Venezuela gracias al que conseguimos una entrevista personal. Allí partimos con Ernesto con nuestras mejores “galas”, o sea, el mejor de los trajes heredados de algún pariente (“Me puse el ‘Jorge’”, me dijo jocosamente aludiendo al tío que le había pasado el traje y que evidentemente no era de su talle). Nos recibió el cónsul, era un mulato grandote, barrigón, con una panza seguramente fruto del *whisky*, el ron, la cerveza y la buena vida.

–Bueno, ustedes dirán, señores, qué necesitan –nos dijo después de los saludos de rigor.

–Queríamos solicitarle una visa para poder entrar en Venezuela. Mi amigo, que es médico, y yo, que ya estoy promediando la carrera de Medicina –mentí–, estamos a punto de emprender un viaje por Latinoamérica para conocer la lucha antileprosa –dije recitando casi de memoria el *speech* que habíamos preparado en la cocina de los Guevara el día anterior.

–Y el destino final de nuestro viaje es Venezuela donde yo tengo prácticamente asegurado un puesto de médico en el leprocomio de La Guaira –agregó Ernesto con seguridad.

–¿Tienen los pasaje de ida y vuelta a Venezuela? –nos preguntó el tipo.

–No, pasajes de vuelta no tenemos, porque no nos vamos a volver, nos vamos a quedar en Venezuela a trabajar –contestó Ernesto, mientras yo pensaba “y pasajes de ida, tampoco”.

–Bueno, pero ustedes saben que para entrar en Venezuela se necesitan pasajes de ida y vuelta. Para darles la visa de turistas, ustedes tienen que garantizar que se van a ir después –insistió el cónsul como si no nos escuchara.

–¡Pero es que yo no me pienso ir, me voy a quedar trabajando en Venezuela! –se exaltó Ernesto mientras yo

me achicaba en mi asiento y entendía perfectamente a sus compañeros de rugby que lo habían apodado Fúser por “Furibundo de la Serna”.

–Usted no puede hacer eso, usted se tiene que volver a la Argentina porque para ejercer la medicina en Venezuela necesita revalidar su título –replicó el cónsul subiéndolo por los menos dos tonos la voz.

–Pero, escúcheme, nosotros vamos a aportar a la ciencia en Venezuela...

–Usted no entra en Venezuela y se terminó acá la discusión –lo cortó en seco el cónsul.

–¡Yo sí voy a entrar en Venezuela y me voy a quedar...

–...sobre mi cadáver va a entrar! –exclamó el cónsul ya completamente rojo, o al menos todo lo rojo que se puede poner un mulato.

–No, sobre tu cadáver no –dijo Ernesto recuperando la calma–, voy a entrar, ¡pero pisándote la panza!

Previsiblemente, el tipo nos rajó de inmediato de ahí y, por supuesto, nos podíamos olvidar de la visa. Yo no podía creer lo que acababa de vivir, mentalmente me iba despidiendo de todos mis sueños de vida regalada en el Caribe venezolano.

–¡Estás loco, cómo le vas a hablar así al tipo que nos tenía que conseguir la visa! –le reproché yo.

–Igual no nos la iba a dar. Calma, Calica, ya vamos a ver cómo hacemos más adelante. Una vez que estemos por allá, de alguna manera vamos a poder pasar la frontera.

Y así fue, de una manera u otra, como se verá, siempre fuimos consiguiendo todo.

Así que ahí estábamos, en nuestros asientos de segunda clase con la idea de recorrer cinco países y llegar al otro extremo de América llevando como únicos bienes una visa para entrar en Bolivia, otra para Perú y un modesto

capital que yo atesoraba bajo mi pantalón. Mi madre, que era tan mala cocinera como buena costurera, me había fabricado una especie de cinturón de tela con bolsillo para guardar la plata. El cinturón me lo ponía sobre la piel en la cintura y sobre eso el pantalón. Era parecido a esos que hoy en día se venden para viajes. Ernesto lo había bautizado “el cinturón de castidad”. Ahí llevaba yo la plata de los dos que habíamos juntado manguendo<sup>5</sup> a los parientes. “Tomá un préstamo –nos había dicho en broma más de uno–, cuando vuelvas rico me lo devolvés con intereses.” Yo había reunido 7.100 pesos y Ernesto, 6.900. Sumados ambos capitales no alcanzaban para comprar un pasaje de avión a Venezuela. Era una suma exigua, pero con Ernesto nos habíamos juramentado no pedir un peso más a nuestras casas pasara lo que pasara. De algún modo teníamos que estirar esos pocos pesos para todo el viaje. Yo le había pedido a mamá una cifra muy baja que ella me habrá dado con mucho esfuerzo de lo poco que nos había dejado papá al morir. Ernesto había decidido que fuera yo quien llevara toda la plata en el “cinturón de castidad” porque, según él, yo era más ordenado con la ropa. Pero vivíamos discutiendo porque a cada rato él pretendía que le diera algo de guita<sup>6</sup> y era un lío, tenía que conseguir un baño para poder sacar la plata sin que me vieran. Así que lo amenazaba con renunciar a mi rol de “banquero” del equipo y darle toda la plata a él. “No, no, está bien, seguí llevándola vos”, me decía. A pesar de su experiencia de viajero, Ernesto no tenía mucha gimnasia en la administración financiera. En el viaje con Granada, se habían quedado secos al poco tiempo, así que no tenían nada que administrar, ni fondos que ocultar. Salvo los famosos 15 dólares

---

5 Pedir.

6 Dinero.



Ya todos unos homrecitos de quince años, Ernesto y yo posamos abrazados en la pileta del Hotel Sierras. Nos acompaña la barra que se juntaba en los veranos. De izquierda a derecha: Oscar Salduna, Rafael Casenave, Lino Palacios (hijo del notable dibujante que veraneaba en Alta Gracia), Tito Pérez (de pie), Chichita Rademaker, Ginger Griffiths, Carlitos Figueroa y Freddy Lahitte.

que le había dado su novia Chichina para que le comprara un traje de baño en Estados Unidos y que no sé dónde los habrá escondido, pero logró conservarlos hasta el final.

A falta de recursos monetarios, llevábamos otro capital importante en nuestras valijas, eran las cartas de recomendación que nos habían dado amigos y parientes para gente que nos podía ayudar en los distintos países. Teníamos miles, todo el mundo simpatizaba con nuestro viaje y enseguida se acordaban de algún conocido al que se podía molestar en caso de necesidad. Ernesto, que tenía más experiencia, me explicaba que siempre era bueno tener a quién recurrir si estabas muerto de hambre o

necesitabas un lugar para darte un buen baño o precisabas un contacto para algún trámite. Nuestros parientes también colaboraban con ropa, así que la que llevábamos era casi toda prestada o heredada. En ese sentido estábamos bien provistos.

A medida que avanzaba la noche, los llantos de las “guaguas”, las conversaciones y las risas empezaron a apagarse. Hasta los loros se llamaron a silencio. Así que, incómodos como estábamos, apoyados uno contra el otro, empezamos a dormir. Por suerte, jóvenes como éramos, el cansancio siempre podía más que la incomodidad. Y estábamos rendidos, además de la emoción de la despedida y los preparativos de último momento, veníamos de muchas traspasadas debido a una seguidilla de fiestas de despedida que nos habían organizado nuestros amigos y que nos habían dejado el hígado a la miseria. La noche anterior a la partida nos fuimos a comer a un boliche de la avenida Santa Fe, Ernesto, Carlos Figueroa y yo. Yo me puse mi mejor traje, cruzado, a rayas, una pinturita, el único no heredado, hecho a medida para mí en la época de oro en la que vivía mi padre. Y, claro, bebimos copiosamente, sobre todo Carlos y yo, porque Ernesto era más moderado en ese aspecto. Y empezamos con el número que ya era repetido en nuestras salidas, en cuanto tomábamos una copa de más empezábamos a decir en voz alta: “Me cago en Perón”. Siempre alguien se daba por aludido, recogía el guante y te venía a encarar, y ahí nomás te agarrabas a trompadas, cosa que a mí, lo admito, me encantaba. He vivido en las comisarias por ese tipo de líos. Esa noche, en cuanto empecé con los insultos a Perón, un tucumano me vino a buscar para pelear y yo, con suficiencia, les dije a los otros que no se metieran, que me lo dejaran a mí. Salimos. Me acuerdo que estaban levantando las vías del

tranvía y había una obra. Al segundo de empezar la pelea, el tucumano me dio un cabezazo y me acostó, cuan corto soy, en una zanja de la obra. Quedé completamente hundido, con el traje a la miseria. “¿No nos metemos, no?”, me cargó Ernesto. Y entre carcajadas me ayudaron a levantarme. Mi pobre madre se pasó toda la noche tratando de limpiar el traje para que me lo pudiera llevar al día siguiente, porque era la prenda más importante de mi equipaje.

Más allá de nuestras bravuconadas juveniles, el anti-peronismo era una cosa seria que nos venía de familia y que dividía en la década de los 50 a toda la sociedad. Tanto los Guevara como los Ferrer veían a Perón como la encarnación del fascismo en la Argentina y sentían la oposición al peronismo como la continuidad lógica a su apoyo a la República española, a los Aliados en la Segunda Guerra Mundial y al socialismo. Nuestros padres colaboraron en cuanto comisión en contra de Perón se organizó. En lo de Guevara era pan de todos los días escuchar a Ernesto padre despotricar contra el peronismo y decir barbaridades como que en cualquier momento se embarcaba en una lucha armada. Ni se te podía ocurrir contradecirlo o decir algo a favor del peronismo, era un tema tabú. En mi casa pasaba lo mismo. Era una postura muy cerrada y muy común en la época, al peronismo no se le podía reconocer nada bueno, incluso los avances sociales que no se podían ocultar, nuestras familias los atribuían a los socialistas. Decían: “Esto ya lo inventaron los socialistas, tal proyecto de ley ya lo había presentado Palacios”. Lo que era verdad, pero no era menos cierto que el peronismo fue el primero en lograr poner en práctica todos esos principios sociales. Ernesto y yo, como casi todos nuestros amigos, estábamos de acuerdo con nuestros padres, sentíamos que no teníamos libertad, nos decían, incluso, que no había que criticar al Gobierno

adelante de una muchacha de servicio porque te podía denunciar. Por más avances sociales que hubiera, para nosotros pesaba más la falta de libertades políticas y civiles. Con Ernesto hemos salido a pegar afiches en contra de Perón en vísperas de elecciones. Cuando empezamos la facultad, el sentimiento antiperonista se acentuó porque todas las asociaciones universitarias, la FUBA, la FUA, la FUC de Córdoba, eran opositoras. Así que cuando partimos en nuestro viaje, tanto Ernesto como yo éramos antiperonistas declarados. Y aunque en ese momento Ernesto no era todavía marxista, sí tenía ideas socialistas. No era indiferente a la pobreza, al drama social que existía en el país, al hambre, la desocupación, a las diferencias sociales y las injusticias que generaban. Desde la incomodidad que vivía todos los veranos cuando sus íntimos amigos no podían pisar el Hotel Sierras, hasta los dramas sociales más profundos que descubrió en su recorrido por las provincias argentinas que hizo en ciclomotor, a través de sus muchas lecturas y en su gira por América Latina con Granado. Al volver de ese viaje empezó incluso a reconocer algunas cosas buenas en el Gobierno, decía que después de haber visto la pobreza de cerca uno entendía más a los votantes del peronismo. Eso demuestra la sensibilidad y la capacidad de reflexión que tenía Ernesto, porque en ese momento todos nuestros familiares y amigos estábamos tajantemente en contra del peronismo, era una oposición ciega. En cambio, él siempre fue desarrollando un pensamiento crítico muy personal. En la época universitaria, yo, igual que muchos otros amigos, teníamos militancia activa en diversos partidos y agrupaciones universitarias de izquierda. Yo trataba de entusiasmarlo a Ernesto, pero en esa época él prefería no tener una participación partidaria, sin embargo, tenía una mirada política y sobre todo ética del mundo, desde un punto de vista más existencial, más ligado a la

APELLIDOS: GUEVARA		NOMBRES: ERNESTO		EDAD: 24
NACIONALIDAD: ARGENTINA		ADQUIRIDA: ARGENTINA	RAZA: TRAFICANTE	RELIGION: CATHOLICO
FILIACION POL.: NINGUNA				
PAIS: ARGENTINA	DIA: 14	MES: 6	AÑO: 28	ESTADO CIVIL: NINGUNO
PASAPORTE: 352/272		DIA: 10	MES: 11	AÑO: 50
VISTO BUENO: 1307		DIA: 9	MES: 7	AÑO: 50
CEDULA DE IDENTIDAD: LEE SI <input checked="" type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO <input type="checkbox"/>		INMIGRANTE: RESIDENTE <input type="checkbox"/> TRANSIENTE <input type="checkbox"/> TRANSITO <input type="checkbox"/> TURISTA <input checked="" type="checkbox"/> PROFESION: EMPLEADO		
MOTIVO DE LA ENTRADA: VIAJE DE PLAGER.-				
<b>MODELO Nos. 1 Y 6</b>				
CERTIFICADOS.				
COLOR PIEL: PÁLIDO	FORMA CARA: OVALADA	SALUD: <input checked="" type="checkbox"/>		
OJOS: CASTAÑOS	NARIZ: RECTA	VACUNA: <input checked="" type="checkbox"/>		
PELO: BASTAÑO	ESTATURA: 1.76	Mts. ANECDENTES: <input checked="" type="checkbox"/>		
EL SUSCRITO, CONSUL DE VENEZUELA EN BOGOTÁ-COLOMBIA.- DE CONFORMIDAD CON EL REGLAMENTO DE LA LEY DE EXTRANJEROS, EXPIDE ESTA CEDULA PARA QUE EL EXTRANJERO A QUIEN SE OTORGA, CUYA FOTOGRAFIA, IMPRESION DEL PULGAR DERECHO Y FIRMA APARECEN AQUI, PUEDA DIRIGIRSE A VENEZUELA.-				
(SELLO)	FIRMA DEL EXTRANJERO		FIRMA DEL CONSUL	
9 DE Julio DE 1952.-				
<b>ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA</b>				

La visa de Ernesto para entrar en Venezuela durante su primer viaje por Latinoamérica que hizo con Alberto Granado en 1952. Esta copia me la regalaron en Cuba. El original lo conserva la Oficina de Asuntos Históricos.

experiencia directa con la realidad social. Por eso sus viajes fueron tan definitorios en la formación ideológica de Ernesto: sus recorridos no fueron de turismo, ni de aventura, fueron la fragua de un pensamiento revolucionario que cambiaría el mundo. Al final del diario del viaje que hizo con Granado, Ernesto escribe una acotación al margen donde anota una “revelación” que se le presentó durante una conversación con un hombre “al que se le veían sólo los cuatro incisivos”, en un pueblo serrano. Es impactante leer a la luz de lo que pasó después lo que mi joven amigo ya entreveía de su futuro: “[...] ahora sabía... sabía que en el momento en que el gran espíritu rector dé el tajo enorme que divida toda la humanidad en solo dos fracciones antagónicas, estaré con el pueblo, y

sé porque lo veo impreso en la noche que yo, el ecléctico disector de doctrinas y psicoanalista de dogmas, aullando como un poseído, asaltaré las barricadas o trincheras, teñiré en sangre mi arma y, loco de furia, degollaré a cuanto vencido caiga entre mis manos. Y veo, como si un cansancio enorme derribara mi reciente exaltación, cómo caigo inmolado a la auténtica revolución estandarizadora de voluntades, pronunciando el ‘mea culpa’, ejemplarizante. Ya siento mis narices dilatadas, saboreando el acre olor de pólvora y sangre, de muerte enemiga; ya crispo mi cuerpo, listo a la pelea y preparo mi ser como a un sagrado recinto para que en él resuene con vibraciones nuevas y nuevas esperanzas el aullido bestial del proletariado triunfante”.<sup>7</sup>

El silbato del tren nos despertó a la mañana siguiente. También a los loros que empezaron a chillar otra vez. El tren había llegado a la ciudad de Córdoba. Había caído una terrible helada durante la noche y el suelo estaba blanco por la escarcha. Parados en el andén, tiritando de frío, esperaban nuestros entrañables amigos, Mario Salduña y Raúl Tisera. Deseosos de colaborar con nuestro viaje, nos habían llevado de regalo un pollo al horno y dos litros de vino comunacho. ¡A las siete de la mañana! Ambos eran viejos amigos de Alta Gracia y despedirnos de ellos era un poco como despedirnos de nuestro querido pueblo de la niñez y la adolescencia. Estábamos a solo 36 km y lamenté no poder ir. Cuando planéabamos el viaje yo me había tirado un lance:

—¿Y si nos quedamos un par de días en Alta Gracia? Aprovechamos que está casi de camino a La Quiaca —le propuse a Ernesto.

—No, vos sos loco, si nos vamos a Alta Gracia, no salimos

---

7 E. Guevara: *Diarios de motocicleta*, p. 208.

más, nos vamos a quedar un mes comiendo y chupando, de agasajo en agasajo y adiós viaje –me contestó Ernesto.

Y tenía bastante razón, Alta Gracia era como un imán para nosotros. Hacía muchos años que no vivíamos allí, pero seguía siendo nuestro lugar en el mundo y cada vez que podíamos nos hacíamos una escapada. En el verano anterior a nuestra partida, mientras Ernesto se mataba estudiando las materias que le faltaban para recibirse, yo me fui a vivir cuatro meses a Alta Gracia con Carlitos Figueroa, a la casa de su familia que estaba deshabitada. Juntos habíamos ganado unos pesos con la comisión de la venta de un terreno y decidimos irnos a Alta Gracia a gastarlos. Por supuesto, no alcanzaba para mucho, así que compartíamos el hambre. A la casa la rebautizamos Los Galgos por lo flacos que estábamos los dos. Pero fueron unos meses maravillosos, de joda de la mañana a la noche. Nos hacíamos invitar a almorzar o a tomar el té a lo de chicas amigas y así íbamos tirando. Teníamos un solo saco blanco para salir de noche y nos lo turnábamos. Ahí recibíamos a todos los amigos que llegaban a pasar un fin de semana o una noche. Ernesto cuando podía se escapaba de Buenos Aires y venía unos días. En la casa no había ni un mendrugo de pan y el hambre se sentía sobre todo a la noche cuando volvíamos de la farra con el estómago vacío. Pero siempre había vino y ginebra. Caía un tipo a visitarnos y siempre traía una botella que nos despachábamos en un rato. Y por supuesto, las chicas; era un desfile continuo de unas chinitas divinas.

En esa época, tanto Ernesto como yo vivíamos en Buenos Aires y, a pesar de todas las diversiones y relaciones sociales que depara una gran ciudad, seguíamos prefiriendo el encanto de Alta Gracia que simbolizaba nuestros años de infancia despreocupada. Ya en la adolescencia, las cosas empezaron a cambiar y comenzamos a alejarnos de ese pequeño paraíso serrano. En Alta Gracia no había

escuela secundaria, así que a mí me pusieron pupilo en el colegio Lasalle de Argüello, Córdoba, donde los curas me hicieron penar bastante. Encima mis padres se separaron, lo que era una vergüenza para la época, así que entré en una mala etapa de mi vida. Ernesto empezó a ir al colegio Deán Funes en la ciudad de Córdoba, a la que viajaba en tren todos los días en los primeros tiempos. Luego la familia se mudó a la ciudad y dejó Alta Gracia. Los dos hicimos nuevos amigos y vivimos nuevas experiencias, pero seguíamos encontrándonos los fines de semana largos, las vacaciones de invierno y, por supuesto, los infaltables veraneos completos en Alta Gracia. Y muchas cosas importantes seguían pasándonos allí, en ese lugar entrañable donde nos habíamos criado.

Como el verano en el que volví del colegio y descubrí con placer que en casa habían tomado a una muchacha de servicio jovencita y monísima, tendría diecisiete o dieciocho años, apenas algunos más que yo. Era mi oportunidad para el ansiado debut sexual. Las cosas eran así en esa época, nos habían enseñado que a las niñas “bien”, hijas de amigos de nuestros padres, a lo sumo se les podía robar un beso, ¡pero nada de meter mano por otro lado! Así que había que iniciarse con “profesionales” –para lo que había que tener dinero– o con alguna empleada de servicio bien predispuesta. Y para mi fortuna, esta chica que había tomado mamá, la Negra Rodríguez,<sup>8</sup> lo estaba y pude hacer mis primeras armas con ella. Era hija del herrero que atendía nuestros caballos y me acuerdo que cada vez que lo veía trabajando con el martillo pensaba “este me va a dar un martillazo en el mate<sup>9</sup> a mí”. Sentía que había hecho una cosa mala y me fui a

---

<sup>8</sup> El apellido es ficticio, aunque se ha dado a conocer en otras biografías, prefiero por cortesía mantener a la Negra en el anonimato.

<sup>9</sup> Cabeza.

# Partido Reformista

MEDICINA

AFILIADO AL P. R. DE CÓRDOBA

## VOTO PARA:

Presidente: Ricardo Wehbe

Secretarios: Eduardo Patrizi

Emilio Gutierrez

Néstor Massaro

Carlos Ferrer

Marcelo Getar

Raúl Nieto

### DELEGADOS DE CURSO

7º Año Pedro Bonadero, Ermes Marcili

6º „ Pedro Toselo, Oscar Asis

5º „ Simón Pérez, Oscar Niño

4º „ Carlos Ceballos, Carlos Serra

3º „ Víctor Yunes, Juan Carlos Paoloni

2º „ Carlos Silva, Raúl Mangia

1º „ Hugo Olmos, Alejandro Centeno

### DELEGADOS A F. U. C.

Raúl G. Audenino, Oscar Niño

Suplentes: Emilio Gutiérrez

Carlos Ferrer

Luis Lencina

La boleta para las elecciones universitarias que conservo con cariño como recuerdo de mi paso por la Federación Universitaria de Córdoba.  
Me acompañan grandes amigos de esa época a los que no volví a ver.

confesar. El cura me retó: “¡Qué hiciste, inconsciente!”. Pero, por supuesto, reincidí todas las veces que pude y me jacté hasta el cansancio frente a Ernesto y los demás amigos que me envidiaban. Pero tuve que irme al colegio pupilo y cuando volví a casa encontré que mamá, que seguramente se había maliciado algo, la había echado. Y para mi sorpresa, ¿dónde estaba trabajando la Negra? ¡En lo de Guevara! Apenas vi a Ernesto, su sonrisa ganadora lo decía todo. Él también había debutado con la Negra. Durante esas vacaciones tuve que conformarme con los cuentos de mi amigo, seguramente un poco exagerados. A esa edad, más que el sexo, lo importante era poder contarlo a los amigos y demostrar que uno era todo un experto hombrecito. Ernesto nos hacía reír cuando describía cómo la Negra, en medio del fragor del momento, le daba con el asmopul para que él pudiera seguir a pesar del asma que lo atacaba a cada rato. A lo largo de los años siempre recordamos con cariño a la Negra, que hábilmente nos inició a los dos en un arte que tardamos varios años en perfeccionar. Mucho tiempo después, ya viviendo en Buenos Aires, Ernesto reincidió con otra empleada de servicio de su casa, Sabina, una mujer bastante fulera y mayor que él, pero dispuesta a satisfacer los instintos del hijo de los patrones. Ernesto no era muy exigente en ese aspecto, diría que era más bien práctico, aprovechaba la ocasión dónde y con quién se presentara.

Pero en esa época el sexo era el sexo y el cortejo era otra cosa. Para eso estaban las otras chicas con las que salíamos, con las que no se podía ni soñar con un avance más concreto. Así de tajante era la división. Eran las hijas de familias conocidas de Alta Gracia, las amigas de las amigas. Todo quedaba en el famoso “festejo”, siempre con alguna “chaperona” a la vista, jamás nos iban a dejar solos. A nosotros nos gustaban todas, pero hubo algunas especiales. A Ernesto le gustó mucho en su primera

adolescencia su prima, la Negrita Córdova Iturburu, que le correspondía. Y después la famosa Chichina, a la que conoció a través de mi hermano Jorge Ferrer, que un día lo llevó a su casa en Villa Allende, también en Córdoba. Era una familia con una muy buena posición económica. Resultaban muy graciosos los cuentos que me hacía el Gordo de las visitas a lo de Chichina. Ernesto terminaba de jugar al tenis y se sentaba todo transpirado y con el pelo en la cara a la mesa, en un comedor todo pitucón donde reinaban las buenas costumbres y los comensales eran atendidos por mozos y un mayordomo. Todos lo miraban horrorizados, como pensando “este bicho de dónde salió”. Hasta que alguien le preguntaba algo y abría la boca: ahí los deslumbraba con su inteligencia, su desenfado, sus conocimientos fruto de sus muchas lecturas y su facilidad de palabra. Entonces la gente decía “¡pero qué inteligente este muchacho!” y se olvidaba de su facha. El noviazgo se cortó cuando Ernesto se fue de viaje con Granado. Fue una linda relación pero creo que Ernesto no tenía el tremendo metejón<sup>10</sup> que muchos dicen que tenía. De hecho, nosotros salimos de viaje un año más tarde y muy pocas veces Ernesto la mencionó, y eso que durante los meses que compartimos día y noche nos contamos todo. “¿Te acordás de Fulana? –me decía–. Bueno, con ella bla, bla, bla, pasó tal o cual cosa.” La mitad de las veces lo cortaba y le decía “pará, eso ya me lo contaste”. Y viceversa. Así que hubo muchas oportunidades para que me hablara de ella y no lo hizo. O ya la había olvidado o estaba despechado y no quería nombrarla. Mujeres no le faltaban, tenía mucho éxito. A pesar de no ser alto, tenía buena planta, era buenmozo de cara, jugaba bien al fútbol, era un buen nadador, andaba perfectamente a caballo, había leído mucho y se acorda-

---

10 Enamoramiento.

ba algunos versos de memoria para endulzar a las chicas. Era un Guevara de la Serna, algo que ayudaba mucho en el círculo donde nos movíamos. O sea que Ernesto jugó en primera división, destacado.

La monotonía del viaje atravesando el país de Sur a Norte se hacía más llevadera gracias a nuestros compañeros de viaje, gente afable con la que podíamos conversar animadamente. Los temas favoritos eran el fútbol y el box. Era la época de oro del boxeo en la Argentina y a Ernesto le apasionaba. Lo había heredado de su padre, que desde chico le había enseñado los golpes básicos. Recuerdo las tardes que pasábamos en el jardín de los Guevara con Ernesto padre impartiendo lecciones case- ras a sus hijos y a los amigos. Como tenían solo un par de guantes, cuando se armaba un combate le daba al más grande el guante de la mano izquierda (excepto que fuera zurdo) y el de la mano derecha al más chico. Las manos libres nos las envolvía con trapos y así se peleaba. Ya de jóvenes, cuando vivíamos en Buenos Aires, íbamos mucho al Luna Park. En ese momento había dos bandos irreconciliables, los que éramos del “Mono” Gatica y los que eran de Alfredo Prada. Con Ernesto discutíamos porque a él le gustaba Prada, que había sido asmático y vivido en Alta Gracia. También era fanático de Oscar Pita, porque era rosarino. Ernesto, a pesar de casi no haber vivido en Rosario, como había nacido en esa ciudad, se consideraba rosarino y veía especiales a todos los rosarinos y los destacaba sobre los demás. Por supuesto, también en el fútbol era fiel a su ciudad natal e hincha furioso de Rosario Central. Fuimos muchas veces juntos a la cancha a ver al jugador de Central que él más admiraba, el Torito Aguirre, un tipo con una vida muy llena de problemas pero un gran futbolista. Y aunque él no era tan burrero como los Ferrer, varias veces nos acompañó



Buenos Aires, a 2 de Mayo de 1953.

MINISTERIO DE EDUCACION  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

Al señor Rector de la Universidad de Buenos Aires

DECANATO

Doctor Carlos A. Bancalari

B. M.

Cúmplenle comunicar al señor Rector que el exalumno de MEDICINA

Don Ernesto Guevara ha sido aprobado en todos los exámenes requeridos para optar al diploma de MEDICINA el que corresponde le sea expedido.

Transcribo a continuación la planilla con los datos de identidad y clasificaciones obtenidas:

Nació en Provincia de Santa Fé el 14 de Junio de 1928  
Libreta de enrolamiento: Matrícula n° 6.460.503 Dist. Mil. 43 Reg. 44  
Cédula de identidad n° - - - - - Policía de la Capital. Of. Enrol. Córdoba  
Libreta Clínica n° - - - - - Ofic. - - - - - Sec. - - - - -

	ASIGNATURAS	CLASIFICACION	OFICIAL O LIBRE	FECHA	
1º CICLO	1º Anatomía Descriptiva	Bueno (1)	LIBRE	Abril	1948
	2º Anatomía Topográfica	Aprobado	"	Agosto	1948
	3º Embriología e Histología	Aprobado	OFICIAL	Marzo	1948
2º CICLO	1º Fisiología Fís. y Quím. Biológica	Bueno	"	Noviembre	1948
	2º Parasitología	Bueno	"	Abril	1950
	3º Semiología y Clínica Propedéutica	Bueno	"	Noviembre	1949
	1º Anatomía y Fisiología Patológicas	Aprobado	"	Julio	1949
	2º Microbiología	Aprobado	LIBRE	Diciembre	1952
	3º Patología General y Médica	Aprobado	OFICIAL	Setiembre	1951
	1º Patología Quirúrgica	Aprobado	"	Noviembre	1951
	2º Técnica Quirúrgica	Aprobado	"	Diciembre	1950
	3º Toxicología	Bueno	"	Diciembre	1950
	1º Terapéutica y Farmacología	Aprobado	"	Noviembre	1951
	2º Clínica Otorrinolaringológica	Bueno	PROMOCION	Noviembre	1952
	3º Clínica Oftalmológica	Aprobado	"	Noviembre	1952
3º CICLO	1º Clínica Urológica	Prom. Aprobado	"	Noviembre	1952
	2º Clínica Ginecológica	Aprobado	"	Setiembre	1951
	3º Radiología y Fisioterapia	Aprobado	"	Setiembre	1951
	1º Clínica Psiquiátrica	Bueno	"	Octubre	1951
	2º Clínica Neurológica	Aprobado	"	Abril	1953
	3º Clínica Pediatría y Puericultura	Bueno	OFICIAL	Octubre	1952
	1º Clínica Obstétrica (Fisiología)	Distinguido	"	Diciembre	1952
	2º Patología y Clínica de la Tuberculosis	Prom. Aprobado	PROMOCION	Diciembre	1952
	3º Clínica Dermatosifiligráfica	Prom. Aprobado	"	Noviembre	1952
	1º Medicina Legal	Aprobado	OFICIAL	Diciembre	1952
	2º Higiene y Medicina Social	Bueno	"	Diciembre	1952
	3º Ortopedia	Aprobado	PROMOCION	Diciembre	1952
1º Clínica Obstétrica (Patología)	Aprobado	OFICIAL	Diciembre	1952	
2º Clínica Médica	Distinguido	"	Abril	1953	
3º Clínica Quirúrgica	Aprobado	"	Diciembre	1952	
	Patología y Clín. de las Enfer. Infecc.	Distinguido	"	Diciembre	1952

Rindió su última asignatura el día 11 de Abril de 1953.-

Saludo al señor Rector muy atentamente.

Exp. 10-1-53

Dr. PROFRICO O. PUNTARELLI  
SECRETARIO

Dr. JORGE A. TAIANA  
DTP-100

El certificado de médico de Ernesto que prueba la hazaña que realizó al aprobar las 12 materias que le faltaban rendir entre octubre de 1952 —cuando regresó de su viaje con Granada— y abril de 1953. Este es el papel que Ernesto me refregó en la cara triunfante al anunciarme que ya podíamos salir de viaje. Sus palabras fueron: "Acá tenés pelotudo. ¿Así que no me iba a recibir? Preparete, Calica, ahora sí nos vamos".

al hipódromo a ver las carreras, más como una diversión que otra cosa, porque siempre estábamos contando las monedas y poco podíamos apostar. Por supuesto, todos los espectáculos deportivos los mirábamos desde la popular, era lo máximo que podíamos pagar.

Los Guevara se habían mudado a Buenos Aires poco antes de que Ernesto empezara a estudiar Medicina. Venían de vivir durante unos cuatro o cinco años en la ciudad de Córdoba. Ahí conoció a Alberto Granado, que era el hermano mayor de su compañero de colegio Tomás Granado. En Buenos Aires, los Guevara ocuparon un caserón bastante importante pero un poco venido a menos en la calle Aráoz, en el barrio de Palermo. La casa era el mismo bullicioso desfile de familiares e invitados que habían sido sus casas de Alta Gracia y de Córdoba, pero la alegría no era la misma. Algunas cosas habían cambiado, el matrimonio Guevara estaba separado de hecho aunque seguían conviviendo; Celia sufría algunos trastornos de salud —que recién con los años supe que se trataba de un cáncer de mama, porque en esos tiempos no se hablaba de las enfermedades y menos de las femeninas—, y arreciaban los problemas económicos habituales. Ernesto casi siempre tenía algún trabajo aunque fuera de tiempo parcial, para solventar sus gastos y ayudar en la casa. Uno de los rebusques fue un DDT que envasaba con Carlitos Figueroa en el garage de los Guevara y se lo vendían a los porteros para matar cucarachas. Le habían puesto de nombre “Vendaval”. Durante un tiempo sacaron unos pesos de esa actividad, a pesar de las quejas de toda la familia por el olor insoportable. Finalmente tuvieron que cerrar la pequeña empresa porque casi se intoxican con los vahos que despedía el poderoso insecticida. Ernesto también trabajó como asistente del doctor Salvador Pisani, director de la Clínica Pisani, donde se investigaban y trataban las alergias y el asma con terapias novedosas.

Cuando decidimos salir de viaje, una de las objeciones de los padres de Ernesto era que si se quedaba tenía trabajo asegurado como médico en esa clínica y en otros lugares por recomendación de Pisani, que era una eminencia en el tema. Pero bueno, ya sabemos qué opinaba Ernesto de las seguridades que buscamos casi todos los seres humanos. Ernesto padre resumió en su libro los sentimientos que le provocó la decisión de nuestro viaje y que frente a nosotros se traducían en rezongos mascullados por lo bajo: “Nuestras ilusiones se derrumbaron como un castillo de naipes; sabíamos lo que le esperaba y lo sabíamos bien: caminaría leguas y leguas y se colgaría de cualquier auto o camión; dormiría en cualquier parte y comería cualquier cosa. No pensaba ni remotamente en su asma ni en su estado de salud, y se iría a recorrer el mundo sin preocuparse de los peligros. En cuanto a nosotros, sus padres y hermanos, no podíamos hacer nada al respecto; no podíamos intervenir. Ya no era el niño ni el joven, sino el doctor Ernesto Guevara de la Serna, que hacía lo que quería”.<sup>11</sup>

La llegada de mi familia a Buenos Aires tampoco fue triunfal. Mis padres se habían separado mientras yo pasaba mi adolescencia como pupilo. A mis diecinueve, cuando ya había empezado a estudiar Medicina en el barrio Clínicas de la ciudad de Córdoba, murió mi padre a sus 47 años, de un infarto. Nuestra situación económica cambió de la noche a la mañana. Mi padre pertenecía a un grupo social que pensaba, como Guevara, que el comercio no era muy elegante, lo apropiado eran las profesiones. Así que vivía muy bien, pero al día, de su trabajo de médico y no se le ocurría invertir el dinero. Por ejemplo, dejó a medio comprar una chacra cercana a Alta Gracia y tu-

---

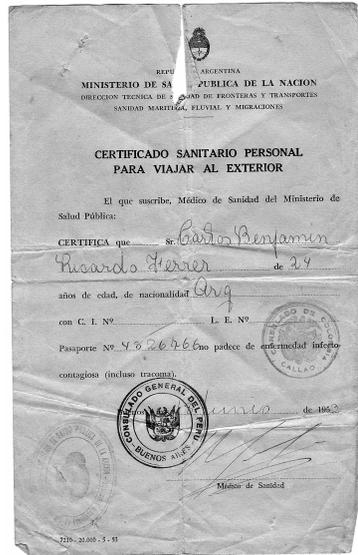
<sup>11</sup> Ernesto Guevara Lynch: *Mi hijo el Che*, La Habana, Editorial Arte, 1988.

vimos que devolverla después de su muerte. Así que mi mamá se mudó con mis hermanos a un departamento alquilado de dos dormitorios en la calle Salguero, a dos cuadras de la casa de los Guevara en la calle Aróz. Al poco tiempo, en el año 1951, mi deserción de la facultad me llevó a mí también a compartir el pequeño espacio. La cercanía geográfica le devolvió la cotidianeidad de los viejos tiempos a mi amistad con Ernesto. A la vuelta de la facultad, él se bajaba del colectivo en la calle Santa Fe; pasaba por casa de camino a la suya y preguntaba: “Dolly, ¿qué hay de comer?”. Si le gustaba, se quedaba, si no, seguía para su casa. Eran tiempos duros, pasamos de vivir como bacanes en Alta Gracia en una regia casa frente al embalse Tajamar, con mucamo, mucama, chofer y cocinera, al departamentito que casi no podíamos mantener. Mis dos hermanos estudiaban, uno de ellos, Chacho, paralelamente trabajaba como notificador en Tribunales y yo, como ya conté, no trabajaba ni estudiaba, apenas hacía algunas changas cuando podía. El amigo pituco de Ernesto ahora “galgueaba”<sup>12</sup> más que él, se había dado vuelta la tortilla. Pero los amigos del grupo de Alta Gracia que ahora vivíamos en Buenos Aires éramos solidarios y cuando uno tenía un mango invitaba a los demás a los boliches a bailar o a tomar algo. O nos hacíamos la pata<sup>13</sup> para salir con alguna “pretendida” y sus amigas. Y si no teníamos un peso, siempre se podía caer en lo de Guevara y entretenerse con las legendarias sobremesas, ahora que los hijos habían crecido, mucho más politizadas e interesantes. Celia seguía con su costumbre de estirar la comida para la cantidad de invitados que hubiese. Y Patatín que esa época estaba encargado de la comida, ¡seguía perfeccionando su única receta: carne al horno con papas!

---

12 Andar con poco dinero.

13 Ayudarse.



Salir de viaje en 1953, por una Latinoamérica infestada de dictaduras, implicaba un arduo trabajo previo de conseguir visas, certificados de salud, de buena conducta y el pasaporte al día. Ernesto, más experimentado, organizó la gira por las oficinas públicas para conseguir todos los papeles. Aquí está mi primer pasaporte, era la primera vez que salía del país.

A bordo del General Belgrano, toda esa vida de Buenos Aires parecía lejana, y yo veía al tren avanzar en línea recta hacia un porvenir luminoso. La Argentina nos despidió con la majestuosidad de las altas cumbres que se divisaban desde la Quebrada de Huamahuaca. Finalmente el tren se acercó a su estación terminal: La Quiaca, última población del territorio argentino.

“En torno a los cerros pelados una bruma gris da tono y tónica al paisaje. Frente nuestro, un débil hilo de agua separa los territorios de Bolivia y Argentina. Sobre un puentecito minúsculo cruzado por las vías del ferrocarril las dos banderas se miran la cara.”<sup>14</sup> Esta es la descripción que hizo Ernesto en su diario y resume bien la geografía y el ambiente que nos rodeaban. En ese marco pasó lo peor que me podía pasar con Ernesto: le dio el ataque de asma más intenso que yo haya presenciado. Lo había visto muchas veces atacado pero nunca de esa manera. Pensé que se me moría, me desesperé, no sabía qué tenía que hacer para ayudarlo. Todavía estábamos arriba del tren y yo estaba paralizado: con mi amigo agonizante, con todo el equipaje a mi cargo y sin tener adónde ir. “Señor, ¿le llevo?” Apareció una nube de indiecitos con la misma pregunta, deseosos de ganarse alguna moneda a cambio de llevar el equipaje. Repartí las valijas y los paquetes que nos quedaban sin pensar si iba a poder recuperar las cosas en medio del caos de la estación. Me cargué a Ernesto al hombro y empecé a preguntar desesperado por la pensión más cercana. Lo fui arrastrando hasta allá seguido por la corte de changuitos que llevaban nuestras cosas. Cuando llegamos, me quedé a su lado mientras él boqueaba y no lograba respirar; yo veía, impotente, cómo agonizaba en esa pensión de mala muerte donde habíamos ido a parar. Pero unas ho-

---

14 E. Guevara: *Otra vez*, p. 11.

ras después, el ataque comenzó a ceder. Una vez más, Ernesto había logrado vencer a su peor enemigo. Cuando todo pasó, lo reté como hacen las madres con sus hijos después de que pasaron un gran peligro y el alivio se mezcla con el enojo:

—¿Estás loco?, ¿cómo mierda no me avisaste lo que podía pasar y lo que yo tenía que hacer frente a una situación así?

—Tenés razón, Calica, la próxima me inyectás adrenalina. Pero ojo, en el músculo, no me la pongas en la vena porque me dejás seco.<sup>15</sup>

De todas maneras tuvimos que esperar un día en ese pequeño poblado para que Ernesto se recuperara del todo. Se la pasó tomando únicamente mate y comiendo arroz, los dos alimentos que él decía que no le hacían mal. Su conclusión era que lo habían enfermado los excesos en las comidas de los últimos días: entre las despedidas en Buenos Aires y las numerosas vituallas del viaje. Lo árido del paisaje sumado al tedio de la espera sin nada que hacer nos puso un poco nostálgicos. La famosa “moriña” como la llamaba mi madre, término que a Ernesto le gustaba y que usa en una de sus cartas citándola. Nos salvó un encuentro casual con un viejo conocido de Alta Gracia, el Tiqui Vidoza, que había sido muy amigo de la barra de Ernesto, y que ahora era gendarme en la frontera. Con la charla y las risas volvieron el entusiasmo y el buen humor. Yo, un poco como resarcimiento por los malos momentos pasados en la frontera, y otro poco por un cambio de moneda que nos favorecía notablemente, convencí a Ernesto de sacar el boleto en tren a La Paz en primera clase. Él accedió de mala gana. Entraríamos en Bolivia como bacanes.

---

15 Dejar seco, matar.

## ÍNDICE

### PRÓLOGO

El espíritu *aventurerístico* del Che Guevara.....7

### CON EL CHE POR SUDAMÉRICA

Alberto Granado .....13

### PRÓLOGO A LA EDICIÓN ARGENTINA .....17

El viaje no fue una aventura .....17

*Con el Che por Sudamérica*.....18

Fúser se convierte en el Che.....19

Cada vez que puedan viajar, viajen .....19

### PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN.....21

### INTRODUCCIÓN

**Un rápido abrazo**.....27

Caracas, 26 de julio de 1952 .....27

### CAPÍTULO 1

**Una partida que casi se frustra** .....29

Córdoba, diciembre 29 de 1951 .....29

Villa Gesell, enero 6 de 1952 .....33

Miramar, enero 13 .....36

Necochea, enero 14 .....39

Bahía Blanca, enero 16.....39

### CAPÍTULO 2

**Las pampas de los indios ranqueles** .....41

Benjamín Zorrilla, enero 23.....	41
Choele Choel, enero 25 .....	43
Chichinales, enero 27.....	45
Carretera a Piedra del Águila, enero 28 .....	47
Piedra del Águila, enero 29 .....	48
Carretera a San Martín, enero 30.....	49
Orillas del lago Nahuel Huapi, febrero 8 .....	49

### **CAPÍTULO 3**

<b>La perfecta máquina de la explotación .....</b>	<b>59</b>
Camino a Bariloche, febrero 9 .....	59
Bariloche, febrero 11 .....	61
Bariloche, febrero 12 .....	63

### **CAPÍTULO 4**

<b>En la tierra de los araucanos.....</b>	<b>65</b>
Peulla, febrero 14.....	65
Lago Nahuel Huapi, febrero 15.....	66
Lautaro, febrero 21 .....	67

### **CAPÍTULO 5**

<b>Nuevas peripecias: bomberos voluntarios.....</b>	<b>73</b>
Los Ángeles, febrero 27.....	73
Los Ángeles, febrero 28.....	78
Santiago de Chile, marzo 1º .....	80

### **CAPÍTULO 6**

#### **Adiós a La Poderosa II. De motociclistas**

<b>a polizones .....</b>	<b>83</b>
Santiago de Chile, marzo 2 .....	83
Valparaíso, marzo 7 .....	84
A bordo del <i>San Antonio</i> , marzo 8 .....	87
A bordo del <i>San Antonio</i> , marzo 9 .....	90
A bordo del <i>San Antonio</i> , marzo 10 .....	91

## **CAPÍTULO 7**

### **Una de las caras de la moneda: la explotación**

<b>yanqui del cobre</b> .....	93
Antofagasta, marzo 11 .....	93
Baquedano, marzo 12 .....	93
Chuquicamata, marzo 13 (comisaría de Chuquicamata, 1a sección).....	95
Chuquicamata, marzo 14.....	97
Chuquicamata, marzo 15.....	99
Rumbo a Iquique, marzo 16 .....	101

## **CAPÍTULO 8**

### **En las tierras donde Luchó Lafertte**.....

Iquique, marzo 20.....	105
Arica, marzo 22 .....	109
Rumbo a Tacna, marzo 23 .....	110

## **CAPÍTULO 9**

### **En el país de los incas** .....

Tacna, marzo 24.....	113
Sicuani, marzo 30.....	114

## **CAPÍTULO 10**

### **Una metamorfosis poco común.**

#### **¡Al fin Machu Picchu!** .....

Cuzco, marzo 31 .....	125
Cuzco, abril 1º.....	127
Cuzco, abril 2.....	129
Machu Picchu, abril 5 .....	131

## **CAPÍTULO 11**

### **Rumbo al leprosorio de Huambo** .....

Cuzco, abril 6.....	141
Cuzco, abril 7.....	142
Abancay, abril 11 .....	143

Huancarama, abril 13 .....	146
Huambo, abril 14 .....	151

## **CAPÍTULO 12**

<b>Rumbo a la selva tropical peruana .....</b>	<b>157</b>
Huancarama, abril 15 .....	157
Andahuaylas, abril 16 .....	158
Andahuaylas, abril 17 .....	159
Andahuaylas, abril 18 .....	159
Andahuaylas, abril 19 .....	160
Ayacucho, abril 22.....	161
Carretera Ayacucho-Las Mercedes, abril 23.....	162
La Merced, abril 25 .....	163
La Merced, abril 26 .....	164
Entre Oxapampa y San Ramón, abril 27 .....	165
San Ramón, abril 28 .....	166
Tarma, abril 30.....	167

## **CAPÍTULO 13**

<b>Ernesto no sabe mentir.....</b>	<b>169</b>
Lima, mayo 1º.....	169
El Rancho, mayo 19 (camino a Pucallpa).....	169

## **CAPÍTULO 14**

<b>El Amazonas y su gente .....</b>	<b>177</b>
A bordo de <i>La Cenepa</i> , navegando por el río Ucayali, vía Iquitos, mayo 25.....	177
Río Amazonas, mayo 26.....	185
Río Amazonas, mayo 27.....	186
Río Amazonas, mayo 29.....	187
Río Amazonas, mayo 30 y 31 .....	187
Iquitos, junio 1º .....	188
Iquitos, junio 2, 3, 4 y 5 .....	190

## **CAPÍTULO 15**

<b>Rumbo al leprosorio de San Pablo</b> .....	191
A bordo de <i>El Cisne</i> , navegando por el Amazonas, junio 6.....	191
Río Amazonas, junio 7 .....	191

## **CAPÍTULO 16**

<b>La ciencia en la selva</b> .....	195
Leprosorio de San Pablo, junio 8 al 13 .....	195

## **CAPÍTULO 17**

<b>Un cumpleaños “movido”</b> .....	205
Leprosorio de San Pablo, junio 14 .....	205
Leprosorio de San Pablo, junio 19 .....	214

## **CAPÍTULO 18**

<b>Una despedida inolvidable</b> .....	217
A bordo de la balsa Mambo-Tango, junio 20 .....	217
Balsa Mambo-Tango, río Amazonas, junio 21.....	220
Río Amazonas, junio 22 .....	224
Leticia, junio 23.....	224
Leticia, junio 24.....	226
Leticia, junio 25.....	226

## **CAPÍTULO 19**

<b>De leprólogos a futbolistas</b> .....	229
Leticia, junio 26.....	229
Leticia, junio 27.....	229
Leticia, junio 28.....	230
Leticia, junio 29.....	231
Leticia, junio 30.....	234
Leticia, julio 1º .....	235

## **CAPÍTULO 20**

<b>Bogotá: una ciudad tomada</b> .....	237
Julio 2.....	237
Bogotá, julio 2.....	240
Bogotá, julio 5.....	243
Bogotá, julio 6.....	245
Bogotá, julio 7.....	246
Bogotá, julio 8.....	246
Bogotá, julio 9.....	247
Bogotá, julio 10 .....	248
Málaga, julio 11 .....	250
Cúcuta, julio 12 .....	251
Cúcuta, julio 13 .....	252

## **CAPÍTULO 21**

<b>En la patria de Bolívar</b> .....	255
San Cristóbal, julio 14.....	255
Camino entre Barquisimeto y Corona, julio 16.....	256
Caracas, julio 17 .....	258
Caracas, julio 18 .....	260
Caracas, julio 19 .....	261

## **CAPÍTULO 22**

<b>Una tertulia familiar</b> .....	263
Caracas, julio 20 .....	263
Caracas, julio 21 .....	265
Caracas, julio 22 .....	266
Caracas, julio 25 .....	266

<b>APÉNDICE</b> .....	267
-----------------------	-----

<b>EPÍLOGO A LA EDICIÓN DE 2013</b> .....	273
---	-----

<b>DE ERNESTO AL CHE</b>	
Carlos “Calica” Ferrer .....	277
<b>PRÓLOGO</b> .....	281
<b>CAPÍTULO 1</b>	
La propuesta .....	285
<b>CAPÍTULO 2</b>	
La partida .....	321
<b>CAPÍTULO 3</b>	
Bolivia .....	351
<b>CAPÍTULO 4</b>	
Perú .....	391
<b>CAPÍTULO 5</b>	
Ecuador .....	433
<b>EPÍLOGO</b> .....	459
<b>EPÍLOGO A LA EDICIÓN DE 2012</b> .....	471
<b>SOBRE LOS AUTORES</b> .....	505